



RECUPERANDO LA HISTORIA

DR. ANGEL BIDAURRÁZAGA

Aunque nacido en una familia de condición humilde, las circunstancias que rodearon los años jóvenes de Angel Bidaurrázaga (1882–1975) fueron favorables al desarrollo de su vocación de médico, de la que era consciente desde niño: "Nací en la anteiglesia de Erandio-Asua (Bizkaia), el primero de marzo de 1882. La madre falleció teniendo yo dos años y medio, a consecuencia de una maniobra brutal durante el parto (...) Sufrí desde entonces las consecuencias de la mala dirección alimenticia; me han dicho que fui raquíptico después del destete.

(...) Mi casa poseía un hermoso manzanal. Cuando las manzanas estuvieron a mi alcance comencé a comerlas furtivamente. Y más tarde, cuando tuve poder para subir al desván, pasaba horas del día entre el sazonado fruto, comiéndolas y aspirando su aroma delicado. Ellas me entregaron su vitalidad, y adquirí la energía que me prestaba aquel alimento vitalizador. (...) Mi inclinación natural desde niño era ser médico. Ahora bien, no tenía ninguna esperanza ni posibilidad. Al médico del partido, Don Donato de Txopitea, tenía miedo y hasta terror, porque cuando le veía, creía tener a mi vista un hombre tenebroso lleno de maldad interna; un demonio. Bien es verdad que era un hombre muy feo."

Gracias a un golpe de fortuna, pudo librarse del servicio militar, y con ello conservar la vida, a cambio de pagar al Estado una importante cantidad de dinero, práctica que revelaba la injusticia social de aquellos años, pues solo las clases acomodadas podían librar a sus jóvenes de ir a la guerra a cambio de dinero. El caso de Bidaurrázaga fue una excepción, como también fue algo excepcional que pudiera acabar la carrera de Medicina, que, pese a su excelente capacidad intelectual, siguió a trancas y a barrancas debido a su afición a la jarana y al juego, tal como relata él mismo en su autobiografía no publicada:

"Desde los primeros días estaba a merced de todo estudiante familiarizado con la golfería, y no asistía a clase ni estudiaba. Mis propósitos no tenían suficiente fuerza de voluntad para sostenerme en la dignidad que me correspondía. Llegué a tener tal número de faltas de asistencia y tan escasos conocimientos en las asignaturas que, previendo la pérdida de curso me trasladé a Valladolid (...) pero estaba tan familiarizado con la holgazanería, con la guapeza y la taberna, que tampoco rectifiqué mi vida, y así como en Zaragoza, más de una vez, fui detenido por las autoridades, a causa de escándalo y riñas.

Mi conducta tenía algo de anormal en mi manera de ser. En el fondo, todo lo que hacía condenaba y me repugnaba. Hasta los actos más torpes y brutales eran como una protesta del íntimo bueno."

Su situación fue empeorando hasta volverse crítica. Pasó bastante tiempo vagando y agotando sus medios económicos; incluso se enroló como voluntario en la guerra ruso-japonesa, aunque no llegó hasta el frente; al regreso trabajó como maletero de estación en varias ciudades para poder comprar algo que comer. Finalmente, con mucho esfuerzo, encontraría la manera de obligarse a estudiar –practicar un intenso ejercicio muscular que le produjese unas agujetas tan fuertes que le quitasen las ganas de moverse y andar–; también aparecerían las personas y circunstancias apropiadas que le permitieron acabar la carrera.

Durante algunos años ejerció como médico en varios pueblos vizcaínos, practicando "la medicina natural, la sencilla, evacuadora, eliminadora, reactiva y de aplicaciones higiénicas– (...) Mis recetas contenían prescripciones de infusiones, de espectorantes, diréticos (sic)... de origen vegetal." La muerte de una paciente de tifus de 20 años a la que aplicó el tratamiento convencional le impresionó tanto que se propuso "no recetar más ni ejercer la medicina oficial, cuya práctica me dio el chasco más grande y deplorable".

Decide estudiar Oftalmología y se traslada a Madrid para ello. Poco después conoce la iridología a través de un libro de Vander, por la que se entusiasma vivamente, y sobre la que escribe un libro en 1923, del que reproducimos un fragmento en este número.



Dr. Angel Bidaurrázaga a los 71 años de edad



EL SER HUMANO DESORIENTADO

Dr. Angel Bidaurrázaga

El ser humano, con su exclusivo don de la espiritualidad, desarrolla su existencia sumergido en el Cosmos, recibiendo la influencia de los elementos en su exterior, en sus cavidades naturales y en el íntimo tisular (luz, aire y alimento), los cuales contribuyen conjuntamente al desarrollo y sostenimiento de la vida en su íntegra acepción psíquico-fisiológica; pero, desgraciadamente, el hombre está lejos de ser lo que originariamente y a su dignidad corresponde.

Cree que su organismo es un tubo creado más o menos sabiamente con el objeto de proveerle en primer lugar al estómago todo el trabajo posible sin concederle reposo, ni descanso, adquiriendo el placer de las comidas y bebidas, poseído de la inclinación sexual y de otras pasiones que tanta felicidad y bienestar le proporcionan. Pero no puede el hombre fundándose en su libertad individual, en su entendimiento cultura y civilización sedicentes, desviarse de la ley natural sin perjudicarse esencialmente y en él a su descendencia. Su cultura y la libertad individual nunca pueden dar pretexto para violar las leyes de la vida orgánica para sus fines, pues no podrá sustraerse a los efectos legítimamente naturales en su organismo.

Los placeres que ha podido disfrutar entregándose a la sensualidad no compensan el malestar y otras sensaciones desagradables, agitación, pesadez, desvelos... que ordinariamente experimenta después de espléndidas comilonas. ¿Cómo cabe concebir que no se corrija de su vicio? Es que el instinto exige con más fuerza que la razón, es decir, hay más de bruto que de hombre.

Las consecuencias de la alimentación y bebida insaciables son ultrajes a la moral, sobreviniendo además las innumerables enfermedades tan largas como crueles.

La capacidad del hombre para acostumbrarse a toda clase de alimentos se apoya en su propia ilusión y orgullo de afanes perseguidos, pero las leyes naturales son invariables e irrevocables desde el origen, y si se las desprecia o desconoce, la naturaleza lo castiga con la enfermedad o estado enfermo, convirtiéndonos socialmente en víctimas y verdugos en una temporada, y en la otra en verdugos y víctimas.

Si fuera posible ver reducida a cifras la cantidad de dolor que el hombre ha causado al hombre, quedaríamos confundidos de pertenecer al linaje humano; y las trazas son que no rectificará su modo de ser y proceder, e insistirá en continuar infiriendo todo el mal a su originaria grandeza y finalidad elevada, por su carencia de moralidad, ocasionada de un estado de desenfreno pasional que de año en año parece avanzar hacia el salvajismo de la supercivilización.

El ser humano debe tejer su estructura tisular con puros alimentos energéticos vitaminizados, como corresponde a su peculiar naturaleza y finalidad.

El tiempo siempre es propicio para modificar nuestro íntimo tisular, haciéndonos de tesoros corporales y espirituales con las propiedades que deben ser suyas: "CUERPO SANO Y ALMA SANA".



RECUPERANDO LA HISTORIA

Dentro de la sección Recuperando la Historia, transcribimos este capítulo del libro "El diagnóstico por el iris", publicado en 1923, y que refleja puntos de vista acerca de la acción de los antígenos que en muchos aspectos siguen estando de actualidad.

LA ENFERMEDAD AGUDA

Dr. Angel Bidaurrázaga

Establecimiento de la enfermedad aguda en el organismo

El organismo, celoso guardador de la propia composición hasta en sus menores detalles, al sentir perturbada la normalidad de sus fluidos vitales, células y tejidos por la presencia de sustancias extrañas y dañinas, pone en juego, antes que las materias morbosas adquieran ascendencia y dominio sobre él, todas las fuerzas vitales que trajo al mundo. Las células, órganos y tejidos despliegan sus energías reactivas para rechazar a la materia morbosa y los microorganismos, esos tan temidos microorganismos, los terribles microbios que siempre, constantemente y en cantidad y variedad asombrosas se encuentran invadiendo todo el organismo, intervienen en favor de la reacción de éste, prestándose a laborar con las materias morbosas –según la afinidad o simpatía que con las mismas y con la especial constitución del individuo tengan– fermentándolas, desdoblándolas y simplificándolas de manera apropiada, a fin de que puedan ser expulsadas por cada emuntorio, bien sea este la piel, el riñón, los pulmones o los intestinos.

En estas reacciones febriles se verifican una serie indefinida de las más distintas y extraordinarias combinaciones, enderezadas a dar a la materia extraña y perjudicial la forma apta y apropiada para ser expulsada, quedando el organismo reconstruido sobre sus bases normales. Esta reacción depurativa febril es lo que se conoce con el nombre de enfermedad aguda, la cual puede decirse que obedece a la ley universal de las crisis, reguladora de todas las actividades naturales en estado de perturbación.

Necesidad de la enfermedad aguda

Debemos, pues considerar a la enfermedad aguda como una reacción promovida por la naturaleza para defender la integridad del ser y como testimonio irrecusable de que en el organismo existía algo anormal y perjudicial para la vida celular, que las fuerzas reactivas naturales, ayudadas por la acción de los microorganismos, se encargan de eliminar. El microorganismo que fermenta, desdobra y simplifica la materia morbosa perjudicial para ser eliminada, perece luego en los productos de su propia elaboración, de la misma manera que el fermento alcohólico, una vez efectuada la fermentación –desdoblamiento del azúcar o hidratos de carbono– perece en el producto de la fermentación –alcohol.

¿Qué sería del organismo, recargado de sustancias dañinas, una vez que llegasen a ser insuficientes para eliminarlas los emuntorios naturales, si no viniese a hacer factible tal eliminación la acción desdobladora de bacterias y fermentos afines con la sustancia intoxicadora de órganos y tejidos? No hay duda de que la acumulación de la materia morbosa y tóxica llegaría muy pronto a suspender, a imposibilitar la vida celular, cuyos plasmas en sus mismas suciedades perecerían; o en el mejor de los casos caería en la impotencia de un estado crónico malamente defensivo, resignándose a ir consumiendo su vitalidad en la sucesión de los estados llamados enfermedades del metabolismo, u otra forma de estado crónico.

Una vez que el organismo se lanza a una reacción depuradora, si le ayudamos convenientemente dirigiendo la reacción con un tratamiento racional, aquella cumple su cometido y el organismo queda limpio, volviendo a vibrar armónicamente el funcionamiento celular alterado. Mediante la enfermedad aguda, el organismo ha recuperado su salud.

En cambio, si interrumpimos, reprimimos o desviamos el trabajo reaccional depurativo es indudable que laboramos en contra de la acción benéfica que las fuerzas naturales desean llevar a cabo en el organismo, con lo que causaremos a éste un grave daño. Si sale con vida a pesar y por encima del tratamiento antinatural, las sustancias morbosas que había en el organismo quedan en él, aumentadas con las producidas en el trabajo febril que no hayan podido ser expulsadas, con las originadas con una dieta mal dirigida y con los venenos medicamentosos interruptores de la acción depurativa.

Y la consecuencia inevitable de ese desastroso resultado es un rebajamiento en el grado de vitalidad orgánica; la vida celular queda muchas veces definitivamente afectada en la nutrición y el órgano o aparato que ha constituido el foco principal de la frustrada reacción depuradora, sea el pulmón, intestinos, etc, queda para en adelante más o menos deteriorado o deficiente, acaso imposibilitado definitivamente para sobrellevar otra crisis depurativa. La curación, en fin, no ha sido real como la naturaleza se proponía, sino artificiosa y aparente; el estado del organismo en vez de ser superior es inferior al que poseía antes de intentar la reacción depuradora y se establece en él la enfermedad crónica.

La enfermedad aguda conduce, pues, de suyo a la salud; su tratamiento irracional es el que hace que se establezca con firmeza el estado enfermo en el organismo. Si no surgiesen las

enfermedades agudas habría que producirlas, dado el género de vida de la humanidad.

Absurdidad de la tendencia médica actual

La causa primaria y verdadera de la enfermedad aguda, como de toda enfermedad, reside pues en la violación de las leyes naturales que rigen nuestra vida, violación que adulterando la íntima constitución del organismo, establece en él el estado enfermo, ya latente, ya manifiesto; en la exteriorización de las reacciones curativas o en los procesos defensivos o destructivos a que se acoge como mal menor o retardador del inevitable desenlace. Y la causa secundaria de la enfermedad, o dicho con mayor exactitud, la causa ocasional de que el estado enfermo se exteriorice en alguna de sus distintas formas, es el microorganismo o agente desdoblador de la materia inficionante

Debemos pues huir de las causas que motivan nuestra alteración celular porque adulteran la sangre, linfa y demás humores circulantes. Es ilógico, e inútil además, huir de los microbios y bacterias que en todas partes y en abundancia extraordinaria se encuentran.

El hombre con salud, con célula limpia, es inmune, nada tiene que temer de los microorganismos que le invaden, y que por otro lado son el auxiliar necesario a las fuerzas vitales para desembarazar al organismo de sus impurezas. No es pues acertado el punto de vista de los médicos y bacteriólogos que, subordinando todas las manifestaciones morbosas a la acción de los microorganismos, dirigen sus esfuerzos a la matanza y exterminio de microbios y bacterias, considerándolos sin duda como enemigos mortales de la humanidad (1).

Combatir las enfermedades agudas matando microbios es absurdo, como lo es el pretender evitar las contagiosas e infecciosas por el mismo procedimiento. Ni unas ni otras se desarrollan en el organismo si no hay materia fermentecible; mas si ésta existe el microbio afín llegará en cualquier momento a cumplir su misión, llamado quizás por la misma naturaleza si cuenta con fuerzas vitales para librar al organismo de su intoxicación.

Bien es verdad que el médico consigue a veces por medio de vacunas, sueros, etc. cambiar el terreno afín para determinado microorganismo, pero con eso no consigue más que hacer a la substancia morbosa que la naturaleza trata de expulsar, materia afín a otro microorganismo, cuando no obliga al organismo intoxicado a acogerse a un estado metabólico defensivo. Esta conquista de la medicina actual obra precisamente a expensas de la energía vital de los elementos componentes normales de la célula, la cual reacciona contra la substancia extraña y perjudicial introducida en el organismo; el resultado, por consiguiente, es reducir el al sano de energías vitales del organismo.

Lafalta de lógica de esta manera de proceder salta a la vista ¿Qué diríamos de aquel que pretendiese evitar los efectos de los focos miasmáticos o de las aguas encharcadas matando los mosquitos que a ellas acuden? Le diríamos seguramente que suprima el foco miasmático y que los miasmas desaparecerán en su consecuencia. ¿Será también preciso hacer notar que el hombre no está enfermo porque tiene síntomas, sino que tiene síntomas porque está enfermo? Los diversos síntomas no son la enfermedad; son manifestaciones de la reacción que la naturaleza orgánica ha promovido a fin de salir del estado enfermo o defenderse de él lo mejor posible.

Además, un mismo microorganismo actuando sobre distintas

naturalezas orgánicas puede producir manifestaciones sintomatológicas diferentes, y manifestaciones o síntomas idénticos pueden aparecer bajo la actuación de distintos microbios y bacterias.

La práctica médica, desde hace muchos años, se reduce generalmente a atacar a los microorganismos con venenos medicamentosos y procedimientos interruptores o supresivos de la marcha natural de la enfermedad. Pero el médico no debiera nunca perder de vista que en las reacciones agudas febriles el organismo está en trabajo de eliminación o barrido, y debiera ayudar con procedimientos sencillos y naturales a esa eliminación. Así como también debiera tener en cuenta que cuando el organismo está eliminando no se encuentra en condiciones propicias a la nutrición o absorción de materias alimenticias, por cuya razón todo alimento en tales circunstancias es perjudicial, y compenetrarse y procurar compenetrar al enfermo de la idea de que su estado molesto y fastidioso es la reparación que la naturaleza exige como único camino para llegar —una vez que el organismo ha terminado su labor— al bienestar y alegría que la salud firmemente recuperada proporciona.

La enfermedad aguda tiende directamente a la conservación de la fortaleza de las razas y de la humanidad, evitando que los organismos caigan en estados crónicos que dejan una sucia estela hereditaria. La enfermedad aguda no puede ser hereditaria.

El iris en la enfermedad aguda

El diagnóstico por el iris nos indica el estado de reacción aguda por medio de líneas, bandas y nubes que dan al iris ese aspecto de brillo blanquecino que observamos en los ojos de enfermos febriles. Cuando la inflamación o actividad del organismo va desapareciendo según su natural curso, los tejidos de los órganos van reconstruyéndose y los signos blancos y las nubes de brillo blanquecino desaparecen del iris, que recupera su habitual color azul o castaño, indicadores de haber recuperado el organismo la normalidad perturbada. Estos signos de reacciones agudas se presentan en sentido radial de las fibras del estroma.

Si la enfermedad, en vez de llevar su curso natural ha sido interrumpida o suprimida bruscamente, la curación obtenida no es más que aparente, lo cual se demuestra en los iris de estos enfermos por la aparición de signos y manchas correspondientes a las áreas a los órganos o partes del cuerpo donde ha tenido lugar la mayor actividad eliminadora, notándose también un recargo en la anormal coloración general de las células cromatóforas del estroma. Los signos acusan que los órganos

correspondientes a las áreas donde aparecen han quedado más o menos deterioradas —según la clase de signo, coloración o marcas—; y la coloración recargada demuestra que los humores circulantes, tejidos y células

han sido deteriorados en su calidad con el consiguiente rebajamiento de la fuerza vital, estableciéndose en muchos casos el estado crónico.

***“Tú tienes el tanto de bueno o Vida,
tú tienes el tanto de morbo o Muerte,
Tú tienes la Energía Vital Medicatriz
para eliminar lo malo de lo bueno.***

***Si mendigas, pierdes el tiempo, el dinero y la salud.
Es insensato buscar fuera de uno lo que cada cual tiene.”***

(1) Nota del autor: No se entienda que pretendemos negar la gran eficacia de la higiene ni de la antisepsia y asepsia, valiosas coquistas de la Medicina.

La Higiene y la limpieza corporal son condiciones inherentes a la conservación de la salud. La Higiene y la Medicina tienen los mismos problemas a resolver. ¿Quién duda hoy que las curaciones que se obtienen y cuyas curaciones se pregonan como triunfos atribuidos a determinadas drogas, son resultados de una higiene bien dirigida?